

# EDUARDO HURTADO

## *El comensal*

Comer era tu forma  
de religiosidad.  
En la mesa ordinaria  
presidías el acto tribal  
que sustentaba  
tu acuerdo con la vida.  
Formado al margen  
de tu talante jacobino,  
yo asociaba tus raptos gastronómicos  
con mi devota idea de la gloria.  
Los viernes de puchero, por ejemplo,  
la corte celestial te circundaba,  
padre opulento y campechano,  
para verte anegar  
en el plato colmado  
los trozos de tortilla requemada,  
cucharas comestibles  
ungidas con el rabo  
de un candente habanero,  
lloviznadas apenas  
con minuciosa picadura  
de cilantro y cebolla.  
Artífice del *puch*,  
desmenuzabas  
con proverbial codicia  
los cilindros de plátano,  
las calabazas indulgentes,  
los granos de maíz,  
las fervorosas papas,  
las coles, los chayotes,  
los retazos de res  
y los torneados muslos de gallina,  
para mezclarlo todo y acordarlo

con el cuerpo imperante del arroz,  
como se mezclan en los sueños  
la vida y sus rumores.

Pero el cielo y su fama  
jamás te consolaron.  
Frente a la mesa exuberante,  
flanqueado en realidad  
por un visible coro de tragones,  
establecías con tus hijos  
el pacto indispensable  
de gracia y buena fe.  
Rehenes de la misma  
porción descuartizada  
y del mismo ritual escrupuloso,  
los cinco de la prole confirmábamos  
con el vientre repleto  
la alianza con el padre hospitalario.  
Era el momento en que,  
traído con las nubes por el viento,  
un Odiseo poderoso  
venía a relevar al padre errático  
que te abandona en medio  
de un palacio sitiado.

Ahora,  
cuando en mi propia víspera  
reconstruyo tus diarios descalabros  
al surcar la ciudad  
con tu indumento deslucido  
y la embriaguez a cuestras;  
al verte,  
desde la orilla de mis pérdidas,

volver a casa derregado  
a sortear los legítimos  
reproches de la madre;  
ahora, en mis propios  
cincuenta irreparables,  
reconozco que siempre compartimos  
el mismo desconcierto.  
Mi soledad era la tuya,  
era nuestro el afán impracticable  
de conjurar la muerte cotidiana.

En la mesa y contigo  
toda la vida era sagrada.  
¿Cuántos virtuales finamientos  
esquivaste a la hora de atacar  
las raciones de puerco que asomaban,  
redentoras,  
en el oscuro caldo de frijol?  
Sanabas de carencia  
y nos sanabas  
al triturar los rábanos crujientes  
y los chiles toreados,  
o en el instante primordial  
de beberte hasta el fondo,  
con la frente perlada  
de un sudor provechoso,  
una botella de cerveza.

No lo supiste nunca,  
mi dudoso muerto,  
no estaba entre tus planes,  
pero en la hora recurrente  
en que el pequeño comedor  
era el centro del mundo  
me inculcaste la rara certidumbre  
de ser contemporáneo de los dioses.

Estos días, en casa,  
entre perol y transgresiones,  
entre sabores familiares  
y huesos de animales inmolados,  
los nietos multiplican  
la usanza inaugural  
de recocer la vida  
en la bolsa caliente del estómago;  
y al remedar, a ciegas,  
las líneas más recónditas  
de tus modales voluptuosos,  
los días de puchero conmemoran  
un episodio mítico.

Ardiente comensal:  
andas aquí,  
junto a la lumbré y los recaudos;  
estás deseoso y sangras  
de una sangre sin duelo.  
Siempre intuiste, Eduardo  
—semilla del asombro,  
faringe, corazón, entrañas, pecho—,  
la curva trascendente  
de tus devoraciones:  
convocado al festín  
por el tangible aliento de las ganas,  
en cada deglución  
estrenabas las horas,  
te hacías cargo del presente. —